FUNDACION CONDE DE CARTAGENA

MEMORIA

POR

MANUEL MINGORANCE

Con cargo a los fondos de esta Fundación, nuestra Academia concedió en el año 1957 una beca de Pintura a D. Manuel Mingorance Acién, para que ampliara sus estudios en Italia.

Establecida por el Reglamento de la Fundación mencionada la obligación de presentar una Memoria al final de la beca, el Sr. Mingorance ha enviado, en cumplimiento de su deber, la que tenemos el gusto de insertar en estas páginas, así como algunos de los documentos gráficos que la acompañaban. Dicha Memoria dice así:

AL hacer memoria de la labor realizada durante el disfrute de la beca "Conde de Cartagena", es mi propósito dividirla en dos partes o secciones, al igual que en la práctica, día a día, la he desarrollado en Italia durante mi permanencia de diez meses. La primera se referirá a mi labor personal como pintor; la segunda, a mis estudios en las diversas ciudades, museos y monumentos de las mismas.

I

SOBRE MI LABOR PERSONAL

La oportunidad que he tenido al serme cedida la Sala del Círculo de Bellas Artes me ha permitido poder exponer la obra realizada durante la beca, siendo así más breve este capítulo de la Memoria, y sobre todo me evito tener que hablar de mis propios cuadros, cosa ingrata y poco eficaz.

Los señores Académicos ya me honraron con su presencia en la expo-

sición, cosa que agradezco muy profundamente, creyendo, por tanto, innecesario hablar de una obra que ya ha sido vista.

Cuarenta y dos fueron los cuadros pintados en Italia. Desde Venecia al punto más alejado de Sicilia, recorrí prácticamente Italia de Norte a Sur, siempre pintando directamente en los sitios, cara a cara, con las emociones recibidas.

Este coger y soltar trenes, este vivir constantemente entre las gentes, el pintar directamente en sus calles, en sus plazas, el frecuentar sus hogares, siempre viviendo en contacto íntimo con el pueblo, me ha llevado a profundizar sus caracteres, algunos con su contenido humano impresionante, todos llenos de una vida, de una savia que se filtraba y que hacía comprender muchas cosas de su pasado artístico tan glorioso.

En resumen: he conocido hombres, casos, ciudades, pueblos; he vivido tan intensamente en esos diez meses que en algunas cosas reacciono a la italiana, y cuando oigo algo de Italia el corazón me late con más fuerza.

Dividí los viajes en cuatro rutas; la primera comprendió, partiendo de Florencia, ocho ciudades: Prato, Lucca, Pistoia, Pisa, Parma, Mantova, Ferrara y Ravenna.

La segunda, después de una larga permanencia en Roma, comprendió 20 ciudades, partiendo de Palermo (Sicilia), donde me trasladé directo desde Roma, y que fueron: Palermo, Monreale, Sefalu, Selinunte, Agrigento, Siracusa, Catania, Taormina, Mesina y, pasando nuevamente el estrecho, Salermo, Paestum, Amarfi, Ravello, Atrani, Castellamare, Pompeya, Hercolano, Puzzoli y Nápoles.

La tercera ruta, partiendo de Roma, comprendió cuatro ciudades, que fueron: Orvieto, Perusa, Assisi y Venecia.

En Venecia prolongé bastante la estancia y di comienzo a la última ruta, que comprendió: Verona, Milán y Génova.

Además de estas ciudades que enumero fueron muchas las excursiones que hice a pequeños pueblos, vecinos a grandes núcleos, como los Castelli Romano, en Roma; Torcello, Murano, Burano, en Venecia, etc.

II

Sobre mis estudios

Una gran parte del tiempo en todas las ciudades lo he dedicado al estudio. Aunque en primer lugar he puesto la pintura como motivo de ello, en muchas ocasiones ha sido la escultura, particularmente en los relieves, y en otras la arquitectura lo que más me ha interesado estudiar.

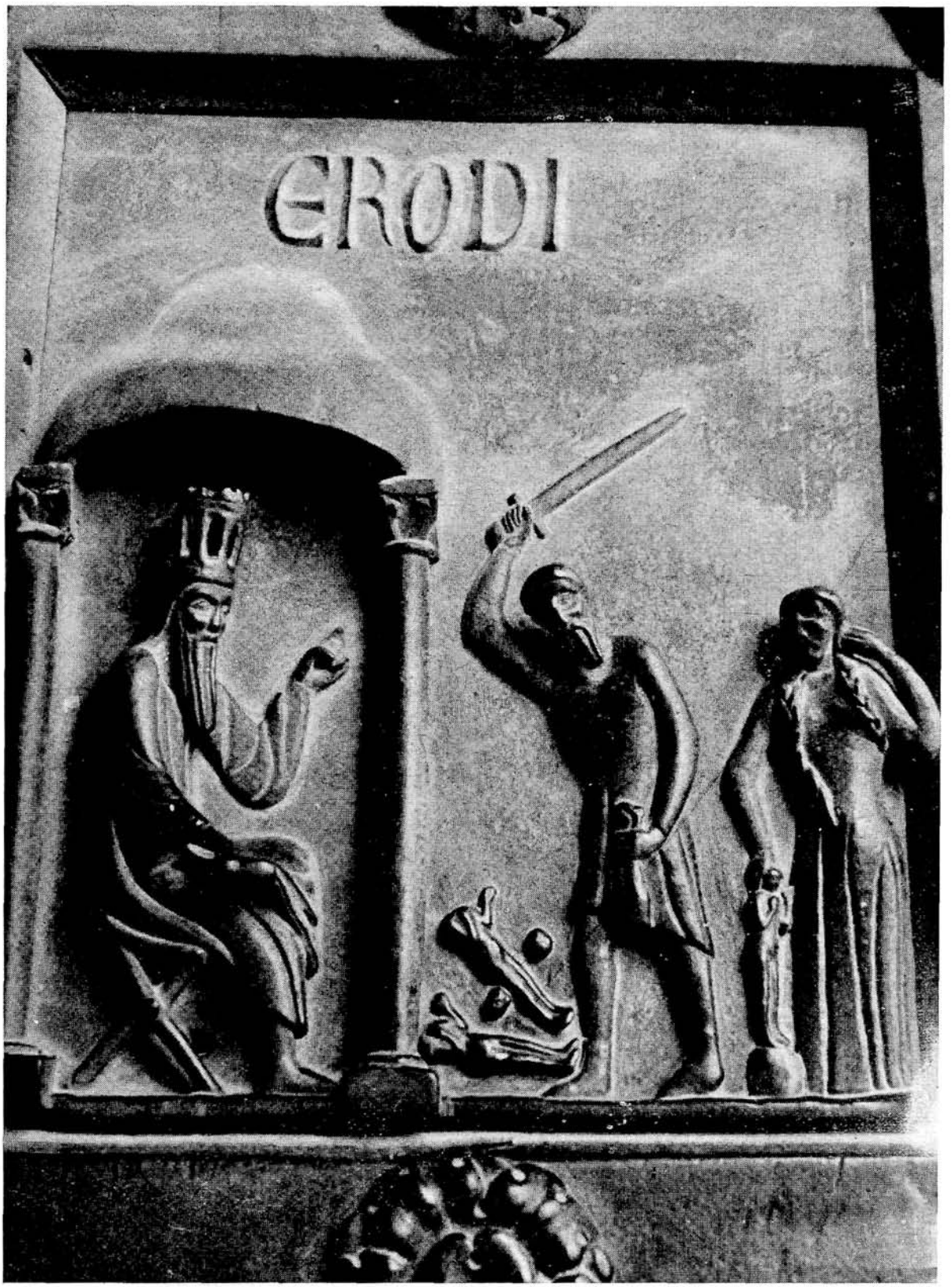
He visitado en cada sitio el museo o los museos, las iglesias y demás monumentos; en casi todos ellos he hecho un estudio muy detenido de sus colecciones, empleando como medio rápido y eficaz de retener la fotografía, de las cuales he hecho durante la beca la cantidad de cuatro mil. En esta colección de fotos, pensadas para diapositivas de proyección, encierro lo más importante y representativo del arte desarrollado en el suelo italiano en todos los tiempos, habiendo sido mi principal intención hacer fotos de aquellas cosas menos conocidas y reproducidas; en este particular traigo el recuerdo de obras inéditas, por su reciente descubrimiento, que unas veces la casualidad y otras la buena fortuna me han permitido fotografiar. Entre ellas cuento con fotos de toda la necrópolis de Isola Sacra, una serie de relieves etruscos del museo de Palermo y una serie de vasos del museo de Nápoles, existentes en Salas privadas, y que la amabilidad del director de aquel museo, en su amor por España y los españoles, me permitió ver y tomar fotos.

Esta serie de obras, las cuatro mil fotografías, las pongo a disposición de la Real Academia, y acompaño a la Memoria una pequeña serie de ellas estampada en papel. Una de ellas me ha parecido muy sugestiva (foto número 2). Se trata del fragmento de un muro de Hercolano que conserva el museo de Napoles. Este trozo de pintura, como en la foto puede apreciarse, es de una factura impresionante, ¡de un impresionista de hace dos mil años!, donde parece que se ve a nuestro Goya. Sobre este mismo tipo de pintura acompaño otras dos fotos: las números 3 y 4; son, a mi forma de ver, menos interesantes que la anterior, pero, como aquélla, asombran por su soltura.

Acompaño asimismo dos fotos de escultura: una, la terracota del pequeño museo de Ostia Antica, y la otra, de un motivo de las puertas de la catedral de Pisa. Estas puertas, hermanas de las de Verona, y con mucho parentesco con las de Ravello, Atrani y Amalfi, son de las muchas sorpresas y emociones que en Italia he recibido. De todas ellas, motivo a motivo, tengo reproducciones, y es algo que no fatiga jamás, por mucho que se contemple.

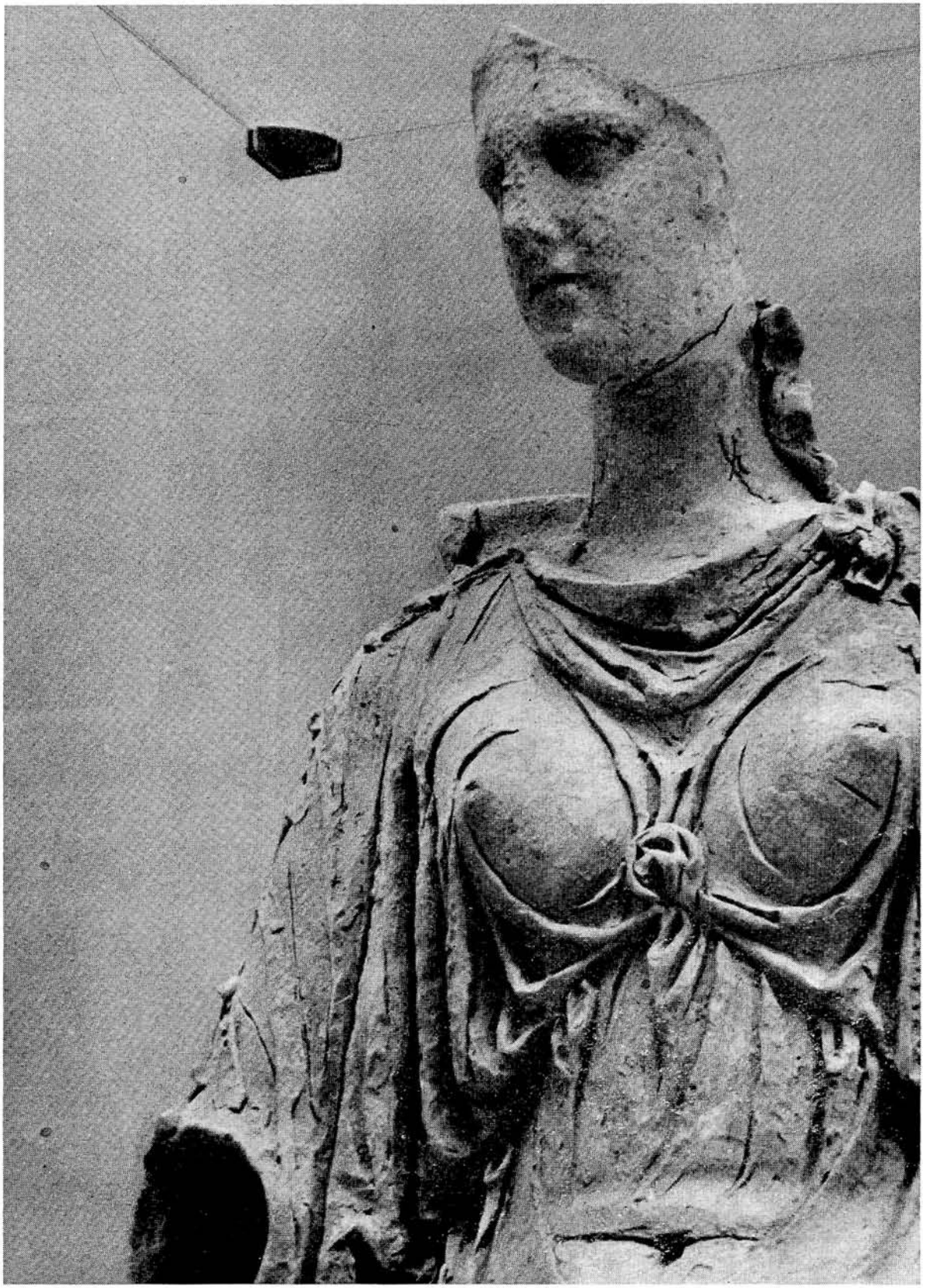
La escultura en Italia me ha interesado en gran manera. Han sido muchos los museos donde el motivo de hacer una nueva visita ha sido para disfrutar de nuevo de un relieve o una escultura de bulto, como el caso concreto del grupo etrusco de "Los esposos" en el museo de la Valle Giulia, en Roma, obra que me impresionó muchísimo y aún después de meses me sigue impresionando. Represento la Arquitectura con dos fotos, una del bellísimo templo de Segesta, y otra del interior de una tumba en la necrópolis de Isola Sacra. Los templos de la magna Crecia, lo mismo los de Paestum y los de Sicilia, fueron espectáculos que jamás olvidaré. La exuberancia del paisaje de la isla y la inmensa soledad de sus templos, aquellas proporciones solemnes, algunas veces grandiosas, como en Selinunte, dejan una medida en el alma, un equilibrio, que da igual ser pintor, escultor o arquitecto para notarse poseído de algo que no siempre encontramos: el arte.

De mis estudios en todas las ciudades que visité, de mi prolongada estancia en Roma, resumiendo mucho, he sacado para mi provecho una gran lección: cómo la realidad se puede convertir en obra de arte, cómo todo, absolutamente todo lo que nos rodea tiene cabida en la obra artística. Las mujeres de Piero della Francesca aún viven en las calles de Arezzo, de Prato o de la propia Florencia; lo mismo viven los mendigos del Masaccio y hasta los mismos seres que llevan veinte siglos convertidos en piedra de escultura o en trozos de pintura, se encuentran en las trasteverinas calles de Roma. El paisaje que nos maravilla en Giotto o en los frescos de Pinturichio se ha seguido renovando primavera tras primavera, y esa palmera que parece inventada y que recorta su silueta en el cielo de un

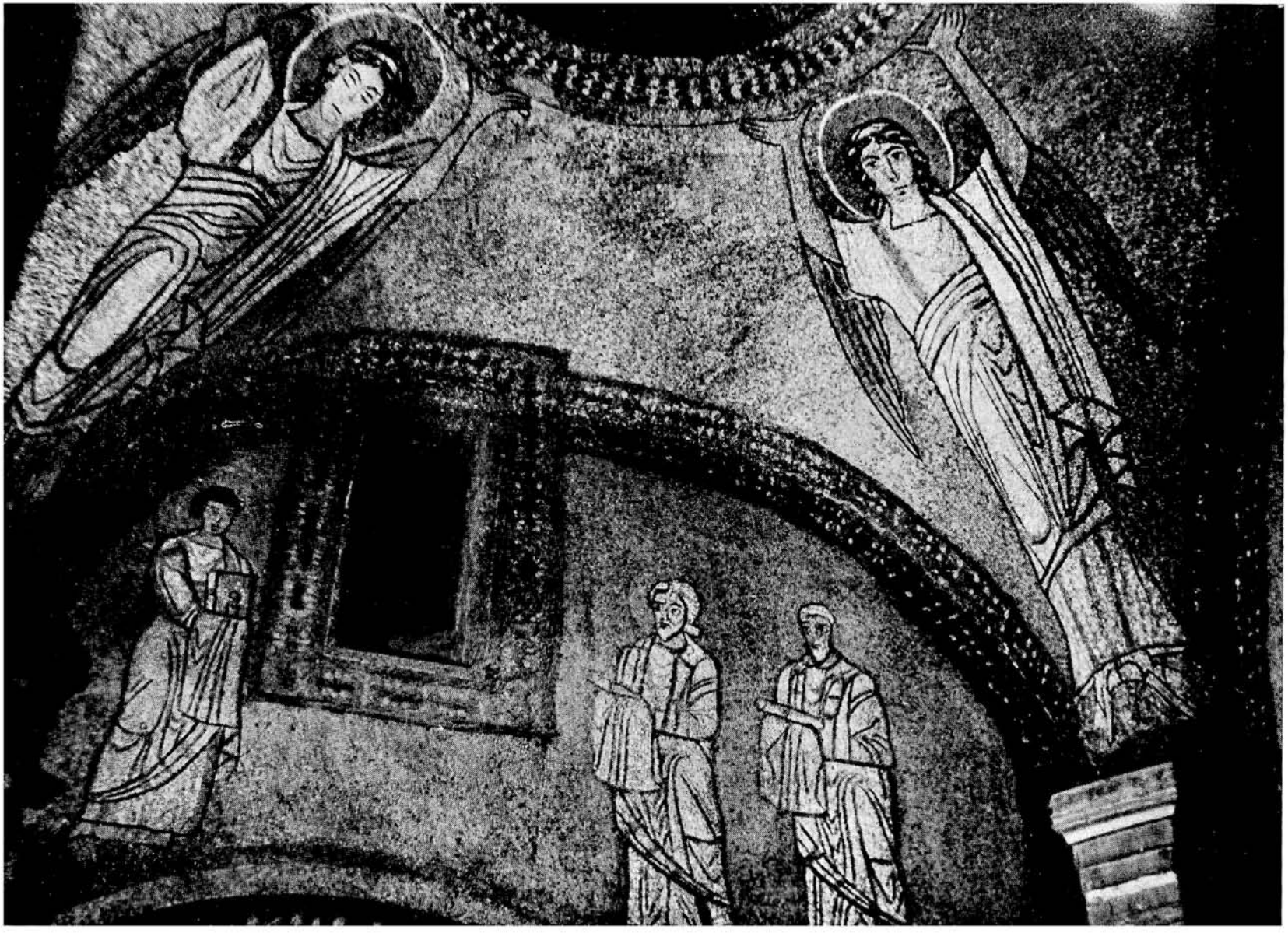


PISA.—*Particular puerta de bronce de la Catedral.*

MUSEO DE NÁPOLES.—*Vaso delle Bigue.*



MUSEO DE OSTIA ANTICA.—*Fortuna.* TERRACOTA (s. I-II de la Era Cristiana).



ROMA.—*Iglesia de Santa Práxedes. Capilla de San Zenón.*—Decoración mosaico.

determinado cuadro sigue siendo palmera y silueta en las puestas de sol de las tardes italianas.

En las obras de arte de Italia encuentro todo, desde lo más profano, desde lo más grosero llevado al arte hasta aquello que no parece posible por su exceso de delicadeza y finura, aquello que no se nos ocurriría a ninguno porque lo tacharíamos de "cursi", como es la magistral decoración de la "Villa de la Mujer de Augusto", encontrada en la actual Farnesina y conservada en el museo de las Termas, de Roma, y donde se representa en sus cuatro muros los árboles frutales de un jardín, flores y pájaros que vuelan o posan en sus ramas. Las palabras no bastan para elogiar la belleza y gracia de esta decoración, donde se siente uno muy a gusto contemplando aquellos elementos tan simples, aquello que parece trivial convertido en obra de arte.

Continuar escribiendo sería divagar muchas horas, siempre con el peligro de caer en lo apasionado, pues, como mediterráneo que soy, me veo demasiado unido a todas aquellas culturas y el ánimo me late muy fuerte. Recordando aquello me quedan ganas de volar nuevamente sobre aquella estructura inmensa del arte eterno.